ADMINISTRACION
DE
OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

DON RAMON,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

ORIGINAL

de D. Eduardo Zamora y Caballero.

Representado por primera vez en Madrid en el teatro de Variedades, en el mes de Enero de 1864.



MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

CATALOGO

DE LA

ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DE D. FRANCISCO RUBIO.

San Pedro Mártir, número 12, segundo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

EN UN ACTO.

Al que se hace de miel...
Don Ramon.
El huérfano ó el niño mendigo.
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!
El tio Fidel.
Este cuarto no se alquila.
Fuego entre ceniza.
Fortunato Azares.
Las pesquisas de mi suegro.
Los dos preceptores.
La mujer debe seguir al marido.
Los apuros de Gaspar.
Me conviene esta mujer.
Misterios de la calle del Gato.
¡Presente, mi general!
Por un bofeton un duelo.
Triana la Macarena.
Un pollo que sufre mucho.
Una obra de caridad.
Vida prosáica.

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.
El talisman.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.
Al borde del abismo.
Beppo el Aventuro.
Don Tello de Guzman.
El padre de familia.
El honor y el trabajo.
¡Españoles, á Marruecos!
La mejor joya, el honor.
El lago de Glenaston.
Las aves de paso.
La historia de una madre.
La princesita.
La fragata Belona.
La piedra de toque.
La teoría de la voluntad.
Loco de amor.
Los franceses en España.
La primera falta.
La flor trasplantada.
Marco Spada.
Mi suegra y yo.
Pecados del siglo XIX.
Un dia en el gran mundo
Ví y vencí.

ZARZUELAS (1).

EN UN ACTO.

Atala y Chactas, L. y M.
Cada loco con su tema, L. y M.
Casado y soltero, L.
El amor y el almuerzo, L.
El Grumete, M.
El hombre feliz (monólogo), M.
El Sonámbulo, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.
Guerra á muerte, M.
Impresiones de viaje, L.
Julio César (monólogo), L.
La cotorra, L.
La pupila, M.
La cruz de los Humeros, M.
La zarzuela (mitad), L.
La dama del Rey, M.
La vuelta del Corsario (segunda parte de *El Grumete*), M.
Lo que de Dios está, L. y M.
Las bodas de Juanita, L.
Los dos ciegos, L.
Pablito, L.
Por cana más ó ménos, L. y M.
Por un paraguas, L. y M.
Un estreno (monólogo), L.
Un ayo para el niño, M.

EN DOS ACTOS.

Bruschino, L.
De incógnito, L. y M.
El postillon de la Rioja, L.
El resucitado, L. y M.
Entre mi mujer y el negro, L.
La cola del diablo, L.
Marina, M.
Llamada y tropa, M.
¡Quien manda, manda! M.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio, L.
Amor y arte, L. y M.
Amar sin conocer, L.

(1) De las obras que van marcadas con las inicialos L. ó M., pertenece sólo á esta Administracion la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma por completo. — Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

DON RAMON,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

ORIGINAL

de D. Eduardo Zamora y Caballero.

Representado por primera vez en Madrid en el teatro de Variedades, en el mes de Enero de 1864.



MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

PERSONAJES.	ACTORES.
FERNANDA.	D.ª Felipa Diaz.
DOÑA GERTRUDIS.	Felipa Orgaz.
DON RAMON.	D. Emilio Mario.
ENRIQUE	Ricardo Morales.

La accion en Madrid.—Epoca actual.



OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Pobre importuno...
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comedia más.
La piedra de toque.
No mateis al alcalde.
¡El rey ha muerto!... ¡Viva el rey!
Un dia en el gran mundo.
Marco Spada.
¡Me conviene esta mujer!
¡Don Ramon!

La niña expósita, novela original.
Ecos del alma, coleccion de poesías, con un prólogo de D. Roque Bárcia.

Á DON P. MORENO GIL.

Querido amigo: Te dedico este juguete, que no me tomaré la molestia de calificar de malo, porque entónces ya no le quedaria nada que hacer al pobre *Don Fulano de Tal*, redactor de *La Política*. Acéptalo, no por lo que en sí vale, sino por ser una prueba del cariñoso afecto que te profesa tu invariable amigo

El autor.

Aprobado por la censusa.

ACTO UNICO.

Sala elegantemente amueblada. —Puertas á la derecha y al foro.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDA, DOÑA GERTRUDIS.

FERNAN. Pero tia, ¿qué empeño tiene usted en que me case?

GERTR. Yo me entiendo, sobrina... La juventud y la hermosura son flores que se marchitan pronto, y la que pierde el tiempo de su lozanía se queda para vestir imágenes, como me ha sucedido á mí, por ejemplo.

FERNAN. Yo ya no corro ese peligro... Soy viuda.

GERTR. Sin haber sido apénas casada: porque tu marido murió á los seis meses de vuestro matrimonio.

FERNAN. Y su muerte es el único disgusto que me dió el pobre Luis.

GERTR. Bien, pero ya que estás consolada de esa pérdida... ¿no seria conveniente pensar en llenar el vacío que la muerte de tu esposo ha dejado en tu corazon? Jóven, rica y bonita, no te seria difícil encontrar un candidato que mereciese obtener tu mano.

FERNAN. ¿Y dónde?... Nosotras no vamos á ninguna parte desde hace dos años, y apénas nos visita nadie... A ménos que no quiera usted que me case con Enrique, ese jóven barbilampiño, que por recomendacion de mi tio he nombrado mi administrador y secretario, y que en un año de visitarnos diariamente no nos ha hablado nunca más de diez palabras seguidas, como si sus frases fuesen partes telegráficos.

GERTR. No digo... pero otros habrá. Hoy mismo, ¿no estás aguardando una visita?

FERNAN. Sí, la de Don Ramon Contreras, rico capitalista de los Estados-Uidos, á quien no conozco, y que á su llegada á Madrid me ha pedido el permiso de visitarme á título de íntimo amigo y compañero de colegio de mi difunto esposo.

GERTR. Don Ramon tiene prendas muy recomendables, á juzgar por lo mucho que de él hemos oido hablar á tu marido.

FERNAN. Que no lo habia visto desde que dejaron las aulas, para emprender el uno su carrera diplomática, y para marchar el otro á América en busca de una fortuna.

GERTR. Su correspondencia no habia sido nunca interrumpida.

FERNAN. Su estilo epistolar, á juzgar por la carta que hoy me ha dirigido, es bien original por cierto.

GERTR. ¿Qué dice?

FERNAN. Oiga usted: (Leyendo una carta que toma de encima de una mesa.) «Señora: He llegado á Madrid, y deseo visitarla. Besa sus piés *Ramon Contreras.*»

GERTR. ¿Y qué le has contestado?

FERNAN. Estas palabras: «Puede usted venir cuando guste. Besa su mano *Fernanda Ramirez.*»

GERTR. Don Ramon es un buen mozo, á juzgar por el retrato que tenia tu marido; y si su capital es tan considerable como dicen, no dejaria de ser un buen partido.

FERNAN. ¿Y qué?

GERTR. Que bien podia reemplazar á su amigo y sacarte de la viudez en que yaces hace dos años.

FERNAN. Pero tía... aun no conocemos á ese hombre, ni sabemos cómo piensa, ni siquiera si es casado ó soltero, pues en dos años no hemos tenido noticias suyas, y ya quiere usted casarlo conmigo, de quien no tiene más noticias que mi nombre y un retrato en miniatura que le envió mi esposo al poco tiempo de nuestro matrimonio. ¿Pretenderá usted por ventura que vaya yo á enamorarlo? La fama de escentricidad de que goza mi carácter me autoriza para muchas cosas; pero no para tanto.

GERTR. No digo eso.
RAMON. (Dentro, gritando.) He dicho que no quiero que me anuncien.
FERNAN. Esas voces...

ESCENA II.

DICHAS, D. RAMON.

RAMON. Estoy á los piés de ustedes, Ramon Contreras, procedente de Nueva-York. Siéntense ustedes. (Fernanda y Doña Gertrudis se sientan en un confidente. D. Ramon toma una silla y se sienta en ella.) Gracias.
FERNAN. Caballero...
RAMON. Señora, tiene usted un imbécil por criado... Empeñado en que habia de anunciarme... ¡Oh! Y si no le doy un buen puntapié acompañado de algunos mogicones, me anuncia como tres y dos son cinco.
GERTR. (¡Qué hombre!)
FERNAN. Caballero, tanto mi tia como yo, hemos tenido un gusto...
RAMON. Ya me lo figuro... Puede usted ahorrarse los cumplidos... yo los detesto.
GERTR. Sí, se conoce que es usted muy franco.
RAMON. Mucho, mi señora doña Gertrudis.
GERTR. ¿Sabe usted mi nombre?
RAMON. Sí, usted debe ser la tia de Fernanda, una tia muy aficionada á meterse en lo que no le importa, segun me escribia mi amigo Luis. (De pronto á Fernanda, sacando del bolsilo una miniatura.) A ver... Hágame usted el favor de estarse quieta... (Contemplando alternativamente á Fernanda y al retrato.) Tiene usted la boca más grande y los ojos más pequeños... Pero no importa... Míreme usted de frente. (Le mira.) Vuélvase usted de perfil. (Lo hace.) Ahora, ande usted un poco. (Fernanda le obedece con gravedad cómica.) Bien... (Levantándose.) Señora, me sirve usted.
FERNAN. (¡Qué estravagante!)
GERTR. (Levantándose.) ¿Qué es eso?
RAMON. No hablo con usted.
GERTR. Pero...

RAMON. Que no hablo con usted he dicho.
FERNAN. Caballero, tendrá usted la bondad de esplicarme...
RAMON. Sí, señora. Su marido de usted al enviarme este retrato hizo una barbaridad, que no es la única que habia hecho en su vida...
FERNAN. Respete usted...
RAMON. Déjeme usted acabar. Yo me enamoré de usted perdidamente; por fortuna la distancia á que nos encontrábamos disminuia el peligro; y como yo soy un hombre que respeto religiosamente la propiedad ageagena, permanecí en Nueva-York, donde hace año y medio recibí la noticia de la muerte de mi pobre amigo. En seguida comencé á disponer mis negocios para una liquidacion que ha terminado felizmente, y hoy que con el tiempo, usted, siguiendo la costumbre, no se acordará ya de su marido para maldita dè Dios la cosa...
FERNAN. Pero, señor mio...
RAMON. Pero señora, ¿quiere usted dejarme acabar?... Hoy me presento en esta casa para decir á usted: «Señora, tengo treinta años...
FERNAN. Bien.
RAMON. Cuatro millones en metálico...
FERNAN. No lo dudo...
RAMON. Soy bastante guapo...
GERTR. Favor que usted se hace...
RAMON. Tengo un carácter bondadoso y amable...
FERNAN. ¡Cierto!...
RAMON. ¡Qué! ¿Lo duda usted?
FERNAN. No señor.
GERTR. (Si le dice que sí, nos pega.)
RAMON. Y la amo á usted apasionadamente á pesar de que, como he dicho ántes, el autor de esta miniatura era un adulador que achicó su boca de usted y agrandó sus ojos cuanto tuvo por conveniente... Conque ¿qué dice usted?...
FERNAN. Ya ve usted, Don Ramon, que ni una palabra...
RAMON. (Queriéndola coger la mano.) Quien calla otorga.
FERNAN. No, quien calla no dice nada.
GERTR. Justo.
RAMON. Calle usted, señora. Y hable usted, Fernanda.

FERNAN. Pero... ¿qué quiere usted que conteste á esas bromas?...

RAMON. ¿Cómo bromas?

FERNAN. A no tomarlas así, me veria precisada...

RAMON. ¿A echarme de esta casa?... ¡Ah!... Pero es que yo no me iria...

GERTR. ¿Cómo?...

RAMON. Silencio.

GERTR. (¡Ay!... Este hombre no me deja despegar los labios.)

RAMON. Es preciso que conteste usted categóricamente..... ¿Acepta usted mi mano? ¿Sí ó no?

FERNAN. Pero...

RAMON. ¿Sí ó no?

FERNAN. (De pronto, imitando á D. Ramon.) Míreme usted de frente. Vuélvase usted de perfil. Ande usted un poco. (D. Ramon obedece en todo á Fernanda.) No me sirve usted, señor mio.

RAMON. Yo no pretendo servirla á usted de nada... Pero... ¿me quiere usted?... ¿Sí ó no?...

FERNAN. Pues bien, no.

RAMON. ¿No?

FERNAN. No.

RAMON. Nos veremos.

FERNAN. Nos veremos.

RAMON. Pues qué, ¿cree usted que no hay más que dar calabazas á un hombre como yo y que ama por la primera vez de su vida?... ¡Cá!... No, señora... De grado ó por fuerza, usted ha de corresponder á mi cariño y se ha de casar conmigo... ¡Pues no faltaba más! Yo vivo en la casa de en frente, y voy á bloquear ésta con un rigor extraordinario; si tengo un rival lo mato, y cuando hayan muerto á mis manos diez ó doce de sus pretendientes, y ya nadie se atreva á acercarse á usted, tendrá que venir muy sumisa á pedirme que la saque de penas y la conduzca al altar...

GERTR. Pero, caballero, esa conducta es inaudita... inaudita, sí señor, sostengo la palabra... y me parece...

RAMON. ¿Y qué me importa á mí lo que á usted le parezca?

FERNAN. No creo tenga usted necesidad de bloquearme desde su casa, pudiendo hacerlo en la mia.

RAMON. ¿Qué escucho?...

FERNAN. Señor Don Ramon, si usted es estravagante, yo lo soy más todavía; si usted es terco, yo, á juzgar por mi terquedad, debia haber nacido en Aragon : y pues me arroja el guante profiriendo ese cúmulo de amenazas, yo le recojo, invitándole á venir á mi casa cuantas veces tenga por conveniente, y prometiéndole que delante de usted he de casarme con quien me acomode, sin que usted se atreva á tocarle ni el pelo de la ropa.

RAMON. Lo veremos.

FERNAN. Lo veremos.

RAMON. ¿Con que quiere usted que nos hagamos la guerra como buenos amigos?

FERNAN. Y que éntre y salga en esta casa con la misma franqueza que si fuera la suya.

RAMON. Corriente... Pues voy á mandar á ese imbécil de criado que me dé de almorzar : la animacion de nuestro diálogo me ha abierto el apetito.

FERNAN. Haga usted lo que guste. (D. Ramon sale por el foro.)

ESCENA III.

FERNANDA, DOÑA GERTRUDIS.

GERTR. ¡Qué hombre, sobrina, qué hombre!

FERNAN. Ese era el esposo que usted me proporcionaba.

GERTR. ¿Y qué te propones con admitirlo en tu casa, y permitirle que la trate como tierra de conquista?

FERNAN. Darle una leccion que parece necesitar, y enseñarle á vivir entre blancos, ya que ha empezado á tratarnos como á negros.

GERTR. Haz lo que quieras... Yo por mi parte, procuraré hablar con él lo ménos posible, aunque de eso parece que ya se ha encargado él mismo, pues apénas voy á decir una palabra se apresura á recogerla como artículo de periódico de oposicion.

FERNAN. Daria cualquier cosa por que alguien me hiciese el amor en su presencia.

GERTR. Sí. ¡Pero como á casa no viene nadie!...

FERNAN. Es verdad: sólo Enrique que hoy debia traerme unas cuentas para mi aprobacion, y por cierto que ya se retrasa.

GERTR. Sí, pero ese es moro de paz... ¡Pobre muchacho!

FERNAN. Sin embargo, tia; á veces esos buenos muchachos... No son nada de fiar los buenos muchachos.

ENRIQ. (Desde la puerta del foro.) ¿Dan ustedes su permiso?

FERNAN. Adelante.

GERTR. Aquí le tienes... Te dejo sola con él.

ENRIQ. (Entrando.) A los piés de ustedes...

GERTR. Con permiso de usted, Enrique, voy á mi gabinete. (Váse derecha.)

ENRIQ. Usted es muy dueña.

ESCENA IV.

FERNANDA, ENRIQUE.

FERNAN. Siéntese usted, amigo mio. (Se sienta.)

ENRIQ. (Sentándose al otro lado de la escena.) Muchas gracias.

FERNAN. Aquí, á mi lado. (Enrique se sienta en el confidente.) Deje usted el sombrero. (Toma el sombrero de Enrique y lo pone sobre el velador.)

ENRIQ. Es usted muy amable... Y mire usted, yo no habia caido; pero se está muy bien á su lado de usted, ¡caramba!

FERNAN. Gracias.

ENRIQ. Aquí traigo las cuentas. (Saca un legajo.)

FERNAN. ¡Ah!... Sí...

ENRIQ. El trigo se ha mantenido á un precio muy bajo, por lo cual he mandado que no se venda...

FERNAN. Muy bien hecho.

ENRIQ. La cebada es lo que se vende admirablemente... ¡Ay, señora! En el dia se consume mucha cebada.

FERNAN. No lo dudo. Pero no hablemos ahora de eso...

ENRIQ. Como usted guste, señora.

FERNAN. ¡Señora! Siempre me ha de tratar usted de cumplido... ¿No somos amigos?... ¿No le llamo yo á usted Enrique?

ENRIQ. Sí, señora, y por cierto que yo no habia caido; pero me es muy agradable que me llame usted Enrique.

FERNAN. Pues llámeme usted Fernanda.

ENRIQ. Corriente; tampoco yo habia caido en que tambien me es agradable llamar á usted Fernanda.

FERNAN. Traiga usted esas cuentas, Enrique.

ENRIQ. Tómelas usted, Fernanda. (Fernanda abre el legajo, buscando en él la última hoja.) Va usted á examinarlas... Yo la esplicaré á usted... Como la letra no es muy buena...

FERNAN. No, no se trata ahora de eso. No necesito verlas... Las firmaré, y asunto concluido. (Toma una pluma y firma.)

ENRIQ. Doy á usted mil gracias por esa prueba de confianza.

FERNAN. Usted es un hombre honrado.

ENRIQ. Creo que sí.

FERNAN. Y yo estoy segura de ello. (Pausa.) ¿Ha visto usted la *Rica-hembra?*

ENRIQ. Sí, señora, es un drama muy bonito; pero no comprendo qué tenemos que ver ahora con la *Rica-hembra.*

FERNAN. Recordaba aquella declaracion de amor que el secretario Vivaldo dirige á su señora oculta entre unas cuentas.

ENRIQ. Yo tambien la recuerdo.

FERNAN. ¿Y qué opina usted de aquel secretario?

ENRIQ. Que fué demasiado atrevido.

FERNAN. Es cierto.

ENRIQ. O lo fué muy poco.

FERNAN. Usted en su lugar, ¿qué hubiera hecho?

ENRIQ. Lo primero no enamorarme de mi señora.

FERNAN. ¿Y si se hubiese usted enamorado?

ENRIQ. Callar como un muerto; sí, señora, como un muerto.

FERNAN. Pero, ¿y en el caso en que su pasion le hubiera arrastrado á romper el silencio?...

ENRIQ. Entónces no la hubiera escrito, sino que aguardando una ocasion para hablarla, la hubiera dicho: «Mire usted, señora: usted es muy guapa, y yo la quiero á usted con toda mi alma.» Y luégo, cogiéndola una mano (Fernanda y Enrique hacen lo que marca la palabra.) y venciendo su resistencia, la hubiera llevado á mis

labios cuantas veces me hubiera sido posible. (La besa.)

FERNAN. ¡Enrique!

ENRIQ. No, si es para esplicar á usted lo que yo hubiera hecho en lugar del secretario de la *Rica-hembra*. Y ahora que caigo... ¡Caramba qué mano tan suave y tan bonita tiene la *Rica-hembra!*... ¿Quiere usted que vuelva á contarle lo que yo hubiera hecho en lugar de su secretario?

FERNAN. Estoy enterada... (¡Pues este niño á lo tonto á lo tonto!...) Suelte usted, Enrique...

ENRIQ. Eso, eso hubiera dicho aquella señora; y yo, ántes de soltarla, la hubiera vuelto á besar de nuevo, porque perdido por mil... (Vuelve á besarla.)

ESCENA V.

DICHOS, D. RAMON.

RAMON. ¡Rayos y truenos!

FERNAN. ¡Señor Don Ramon!

RAMON. ¿Con que me da usted las calabazas más gordas que se dan á cristiano, y me convida usted á almorzar para que presencie esta escena?

ENRIQ. Caballero, yo le esplicaré á usted...

RAMON. A usted nadie le da vela en este entierro.

ENRIQ. Es verdad, pero yo me la tomo.

FERNAN. No es necesario; yo soy dueña de mis acciones, y nadie tiene derecho para juzgarlas.

RAMON. ¿Es ese el respeto que guarda usted á la memoria de su esposo?

ENRIQ. Pero si estábamos...

RAMON. No quiero saber nada, me basta con lo que he visto.

FERNAN. He dicho que soy dueña de mis acciones, y á nadie tengo que dar cuenta de ellas.

RAMON. Eso es lo que falta ver.

FERNAN. Beso á usted la mano. (Ademan de marcharse.)

RAMON. No, usted no se va sin esplicarme...

FERNAN. ¿Y con qué derecho?

RAMON. Con el mio. Yo no sé cuál es, pero con el mio.

FERNAN. ¿Y seria usted capaz de impedir á la fuerza?...

RAMON. Sí, señora. Usted no sabe todavía de lo que yo soy capaz...

FERNAN. ¡Já! ¡Já! ¡Já!... Más vale tomarlo á risa.

RAMON. No se ria usted: yo no me rio nunca, y me incomoda que los demas se rian.

FERNAN. Que usted lo pase bien.

RAMON. No; si he dicho que usted no se mueve de aquí.

ENRIQ. Caballero, esta señora está en su derecho, y me parece poco galante su conducta.

RAMON. ¿Y quién le ha dicho á usted que yo quiero ser galante? Yo no pretendo más que ser su marido, y para eso maldita la falta que hace la galantería.

ENRIQ. (Me carga este hombre.) Pero entretanto usted no lo sea, no tiene derecho para propasarse con ella, y yo por mi parte no consentiré... Esa es la palabra: no consentiré, no señor.

RAMON. ¿Y qué es lo que no consentirá usted?

ENRIQ. No consentiré... (Aunque me pegue se lo digo.) No consentiré que sufra las impertinentes groserías con que la está usted molestando.

RAMON. ¡Ah! ¿Quiere usted echarla de Don Juan Tenorio y batirse por su dama?... Ahora lo compondré á usted. (A Fernanda.) Señora, hágame usted el favor de marcharse.

FERNAN. ¿Cómo?

RAMON. Que se marche usted la digo.

FERNAN. (Yo impediré un disgusto.) (Vase.)

ESCENA VI.

D. RAMON, ENRIQUE.

RAMON. Señor mio, ¿sabe usted quién soy yo?

ENRIQ. No señor, ni quiero.

RAMON. Pues soy Don Ramon Contreras.

ENRIQ. Por muchos años.

RAMON. No señor, por muchos no: no tengo más que treinta.

ENRIQ. Bien, yo aun no he cumplido veinticinco.

RAMON. ¿Y qué?

ENRIQ. Nada.

RAMON. ¿Cree usted asustarme por tener veinticinco años?

ENRIQ. No, señor, pero los tengo.

RAMON. Soy comerciante.

ENRIQ. Si se tiene fortuna es una bonita profesion; pero á mí nada me importa que sea usted comerciante.

RAMON. ¿Qué idea tiene usted formada del comercio, jóven?

ENRIQ. El comercio es una escala que empieza en el capitalista y acaba en el granuja que vende *La Correspondencia* á las puertas de los teatros. No hay más diferencia sino que el uno compra y vende cupones y acciones de carreteras, y el otro periódicos; pero al fin todo es papel.

RAMON. Es que yo, ademas de banquero, soy el futuro esposo de Fernanda.

ENRIQ. ¿Le ama á usted por ventura?

RAMON. ¿Y á usted qué le importa?

ENRIQ. Hombre, á mí nada; pero como me está usted diciendo tantas cosas que no me importan...

RAMON. ¿Eso es decir que le fastidio á usted?

ENRIQ. ¡Ah!... Sí, señor, desde que ha entrado usted en esta sala.

RAMON. Usted tambien me fastidia desde que le he visto.

ENRIQ. Lo siento.

RAMON. Y ya comprenderá usted que uno de nosotros está aquí demas.

ENRIQ. Bien, pues váyase usted cuando quiera. (Se sienta.)

RAMON. ¿Se burla usted de mí, ó es que no quiere comprenderme?...

ENRIQ. Ni me burlo, ni me importa un ardite comprenderle ó no. (No sé por qué desde que me ha dicho que se casa con Fernanda, me es antipático este hombre.)

RAMON. He dicho que soy el esposo de Fernanda.

ENRIQ. ¿Que es usted?... (Se levanta.)

RAMON. Lo seré.

ENRIQ. Pues no la doy mi enhorabuena, porque tiene usted un carácter que no es muy á propósito para hacer la felicidad de nadie.

RAMON. Lo que yo tengo son cuatro millones, y con ese caudal ya ve usted si se puede comprar una mujer.

Enriq. Y muchas, en siendo negras... En los mercados de América estoy seguro de que las encontraria usted á centenares; pero Fernanda no está de venta, y si no emplea usted una parte de su capital en comprar un poquito de buena educacion que parece que le hace falta, va usted á quedarse á la luna de Valencia.

Ramon. ¿Con que un poco de?...

Enriq. Aunque sea mucha, no tema usted; eso nunca está demas: aunque parece que usted hasta ahora ha vivido en alguna parte donde no se hacia gran caso de ella.

Ramon. Yo he vivido en los Estados-Unidos.

Enriq. Ya se conoce.

Ramon. ¿Y qué me importa á mí que se conozca?

Enriq. Yo no digo que á usted le importe; pero digo que ya se conoce.

Ramon. Caballerito, ya me van cansando sus impertinencias, y espero que me dé usted una satisfaccion.

Enriq. ¿Satisfaccion?... Para mí la quisiera; yo no puedo dar á usted nada, como no sea algun dísgusto.

Ramon. ¡Es usted un cobarde!

Enriq. No, señor, soy secretario y administrador de Fernanda.

Ramon. ¡Un miserable!

Enriq. No soy rico, en efecto. ¿Qué quiere usted?... No he comerciado nunca ni siquiera vendiendo fósforos á á la puerta del Suizo?

Ramon. ¡Ah!... Pero yo le obligaré á usted á batirse.

Enriq. ¿A batirme?... ¿Con quién?

Ramon. Conmigo.

Enriq. ¿Con usted? No, señor; si usted nunca me ha hecho nada, ni yo á usted tampoco.

Ramon. ¡Cuando le digo á usted que va usted á batirse!

Enriq. ¡Cuando le digo á usted que no!

Ramon. Estoy rabiando... ¿No ve usted que estoy rabiando?

Enriq. ¿Le ha mordido á usted algun perro? ¡Ay! Mire usted, eso sí que en Madrid está muy descuidado. La salchicha municipal apénas sirve de nada.

Ramon. Na se trata de eso. ¡Rabio de ira!

Enriq. Pues contra ira templanza.

Ramon. Ardo en deseos de matar á usted.

Enriq. Haria usted mal: porque le darian garrote en el campo de Guardias.
Ramon. Deseo beber su sangre.
Enriq. ¡Ni que fuera usted un mosquito!
Ramon. Y usted debe desear beber la mia.
Enriq. No, señor, yo no bebo nunca más que agua.
Ramon. ¡Tiene usted la sangre de horchata de chufas!
Enriq. ¡Ya! ¿Y por eso quiere usted bebérsela? A usted debe gustarle la horchata de chufas.
Ramon. Señor Don...
Enriq. Enrique, para servir á usted, Enrique.
Ramon. Señor Don Enrique, no creí nunca tropezar con un rival como usted.
Enriq. Rival... ¡Yo rival! Yo no soy rival de nadie.
Ramon. ¿Negará usted que Fernanda le ama?
Enriq. ¿A mí?
Ramon. Aunque se haga usted el desentendido, yo veo largo; y por otra parte, lo que he presenciado al entrar en esta sala...
Enriq. ¿Con que Fernanda me ama?... Hombre, vea usted una noticia que varia la cuestion completamente. Ahora sí que le voy á romper á usted el bautismo.
Ramon. ¿Armas?
Enriq. *Rewolver.*
Ramon. A cinco pasos.
Enriq. A dos.
Ramon. Mañana.
Enriq. Esta tarde. Voy á buscar mis padrinos.
Ramon. Dentro de una hora estaré con los mios en el Suizo.
Enriq. Y si le mato á usted, espero que me dispense; usted se tiene la culpa.
Ramon. Hasta luégo.
Enriq. Hasta luégo. (Vase.)

ESCENA VII.

Don Ramon, luégo Doña Gertrudis.

Ramon. ¡Uf! ¡Sangre, yo necesito sangre! (Tira del cordon de la campanilla y lo arranca, quedándose con él en la mano.)
Gertr. ¿Qué quiere usted?

RAMON. Un vaso de agua.
GERTR. Voy á mandar...
RAMON. Ya no lo quiero. Tome usted eso. (Le da el cordon de la campanilla.)
GERTR. (Este bombre es peor que la fiebre amarilla.)
RAMON. ¿Qué murmura usted?
GERTR. Nada... Que es usted muy amable.
RAMON. Gracias.
GERTR. No hay de qué. (Deja el cordon sobre el velador.)
RAMON. Venga usted aquí, señora. ¿De qué sirve usted en esta casa?
GERTR. ¡Caballero!
RAMON. ¿De qué sirve usted en esta casa? De estorbo.
GERTR. ¡Señor Don Ramon!
RAMON. ¡Señora Doña Gertrudis! Lo sé todo, lo he visto todo.
GERTR. Pero... ¿Qué es lo que usted sabe, qué es lo que ha visto?
RAMON. Todo.
GERTR. Pero... ¿Qué es todo?
RAMON. Digo que lo sé todo.
GERTR. Pues me alegro, yo no sé nada.
RAMON. Ya se conoce... Aquí, en esta misma sala, en mis barbas, él y ella...
GERTR. ¿Pero quién son él y ella?
RAMON. Su sobrina de usted y ese mequetrefe...
GERTR. ¡Ah! Enrique... No tenga usted cuidado si era Enrique: ese es moro de paz.
RAMON. Será todo lo moro de paz que usted quiera, pero bien la besaba la mano.
GERTR. ¿A quién?
RAMON. A Fernanda. ¡No es usted poco torpe!
GERTR. Eso es imposible.
RAMON. Cuando digo que lo he visto...
GERTR. Cuando digo que es imposible...
RAMON. Señora, yo no miento nunca.
GERTR. Pero... ¿cómo?
RAMON. (Cogiendo la mano á Doña Gertrudis y besándosela.) Así... ¡Huy!... Tiene usted una mano como un manojo de espárragos.
GERTR. Y usted un carácter como un cardo espinoso.

RAMON. Y usted un cútis como mi carácter.

GERTR. ¿Con que dice usted que ha visto?...

RAMON. Más de lo que quisiera.

GERTR. ¿Pero ella?...

RAMON. Ella se dejaba besar la mano.

GERTR. ¿Y él?...

RAMON. Apretaba de lo lindo. Afortunadamente esta tarde pienso matarlo, y mañana me caso con ella ó pego fuego á esta casa, á todo el barrio, á Madrid entero si es necesario.

GERTR. (¡Qué bárbaro!)

RAMON. En cuanto á usted, usted, por su falta de vigilancia, debia ser azotada públicamente por las calles.

GERTR. Señor Don Ramon, señor Don Ramon, es usted un asesino, un incendiario, un antropófago... yo no puedo más, voy á desmayarme...

RAMON. Pues procure usted caer en alguna parte blanda, porque yo no estoy para sostener estorbos.

GERTR. ¡Ay! Yo me ahogo, yo me muero... ¡Agua... agua! (Cae en el confidente. — D. Ramon se sienta en una silla al otro lado del teatro.)

ESCENA VIII.

DICHOS, FERNANDA.

FERNAN. ¿Qué voces son esas?

RAMON. Su tia de usted, que prometió desmayarse y ha cumplido su palabra.

FERNAN. (Acudiendo á Doña Gertrudis.) ¡Tia! ¡Tia!...

RAMON. Déjela usted... Ya volverá en sí. Yo no hago caso nunca de desmayos de mujeres, y cuantas he dejado abandonadas á sí mismas se han curado perfectamente. (Se levanta.)

GERTR. ¡Ay!...

FERNAN. Ya vuelve en sí.

RAMON. Por supuesto. Estas gentes que no sirven de nada no se mueren nunca.

FERNAN. No tiene usted corazon.

RAMON. Eso no se cotiza en la Bolsa.

FERNAN. (A Doña Gertrudis.) ¿Se siente usted mejor?...

GERTR. Sí... No ha sido nada. (Levantándose.)

RAMON. Mala yerba nunca muere.

FERNAN. Caballero, esto ya pasa de raya, y al abrirle hace poco las puertas de mi casa, no creí que fuera á introducir en ella el desórden y el disgusto: por lo tanto me veo en la precision de rogarle...

RAMON. ¿Que me marche? Ya me voy... á sentar. (Se sienta en el confidente y saca una petaca.) ¿Incomoda á ustedes el humo?

GERTR. A mí muchísimo.

RAMON. Pues con el tiempo se irá usted acostumbrando. (Enciende un cigarro.) Si al fin y al cabo he de ser sobrino, más vale que desde el principio vaya enterando á mi tia de todas mis cualidades.

FERNAN. ¿Todavia sigue usted con esa broma?

RAMON. Ahora más que nunca, puesto que su imprudencia de usted me ha hecho conocer á mi rival, que dentro de algunas horas dejará de serlo.

GERTR. ¡Y lo hará como lo dice! Sí, lo matará... ¡Pobre Enrique!

FERNAN. ¿Qué dice usted, tia?

GERTR. Que van á batirse.

RAMON. A muerte. (Levantándose.)

FERNAN. ¡Oh! Yo lo impediré.

RAMON. ¿Usted?... ¿Y con qué derecho?... ¿Quiere que yo le perdone la vida para tener el gusto de ver cómo la besa á usted la mano?

GERTR. ¿Pero es cierto, sobrina?

FERNAN. Ya lo sabrá usted todo.

GERTR. (¡Ciertos son los toros!)

FERNAN. Ahora lo importante es que este caballero me oiga.

RAMON. La advierto á usted, por si piensa engañarme, que yo no me mamo el dedo.

FERNAN. Ya lo supongo; pero puedo asegurar, sin temor de ser desmentida, que entre Enrique y yo no ha mediado nunca una sola palabra de amor.

RAMON. No, ustedes parece que están más por las obras.

FERNAN. Ni ha habido jamás entre nosotros la menor inteligencia.

RAMON. Señora, gente descarada he visto en mi vida; pero

usted puede dar quince y falta á todos los que he conocido.

FERNAN. ¡Caballero!

RAMON. ¡Señora! ¿Negará usted lo que yo he visto?

FERNAN. Usted no ha visto nada.

RAMON. ¡Digo!... Pues si á eso le llama usted no ver nada... ¿Qué tal será lo que no he visto?...

FERNAN. Y aunque eso fuera, ¿qué derecho tiene usted para meterse en mis acciones?

RAMON. Mi amor...

FERNAN. Un amor que agradezco mucho; pero de que no participo.

RAMON. Señora, no me tiente usted la paciencia, porque soy capaz de hacer un disparate más gordo aun del que haria casándome con usted.

FERNAN. No, mayor que ese no podria usted hacer ninguno; pero ese, felizmente para los dos, no lo llevará usted á cabo.

RAMON. ¿Cómo?

FERNAN. ¿Cree usted que el amor de una mujer se toma á la bayoneta como las plazas fuertes, ó se conquista á la puja como las fincas en subasta?... La mujer tiene en su debilidad el principio de su fuerza, y sólo se rinde á la dulzura y al halago; pero nunca á lás amenazas ni á las groserías.

RAMON. Tiene usted razon que le sobra: he sido un imbécil; pero yo me enmendaré... Mire usted, quiérame usted mucho, sea usted mi mujercita y haga usted de mí un cordero; digo, no, un cordero no: haga usted de mí otro animal cualquiera... Y usted, mi señora doña Gertrudis, perdóneme usted el pasado arrebato... (*De pronto, gritando.*) ¡Vamos! ¿Qué, no hablan ustedes?... ¿No me he humillado ya bastante?

FERNAN. Más de lo necesario... Yo sólo he podido dar á usted un consejo, y de ningun modo imponerle una órden.

RAMON. ¿Con que está usted satisfecha de mi conducta?

FERNAN. Si es sincera...

RAMON. Señora, yo no miento nunca.

FERNAN. En ese caso...

RAMON. Vaya... Pues voy en un momento á matar á Don Enrique, y vuelvo para que nos casemos.

FERNAN. De ningun modo. En prueba de que desde hoy va usted á modificar su carácter, es necesario que ese duelo no se realice.

RAMON. Bien, si él me pide perdon.

FERNAN. No, no ha de ser él, porque estoy segura de que no es usted el ofendido.

RAMON. Corriente, señora, puede usted fastidiarme todo lo que le acomode. Daré una satisfaccion á ese caballero, y luégo...

FERNAN. Luégo ya veremos.

GERTR. Aquí está ya Enrique. (La escena va á ser divertida.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ENRIQUE.

ENRIQ. (¿Él aquí todavía?...) Fernanda, he venido á ver á usted...

FERNAN. Lo sé todo... Y Don Ramon me decia en este momento que iba á buscar á usted para hablarle formalmente...

RAMON. Sí, eso; para hablarle...

ENRIQ. Pues vamos cuando usted quiera.

FERNAN. (No esperaba que la idea del peligro que iba á correr Enrique me produjera tanta impresion...)

RAMON. La conversacion que debiamos tener... (¡Me cuesta un trabajo!...) Es una conversacion que quiere presenciar esta señora...

ENRIQ. Pues usted dirá.

GERTR. (¡Pobre hombre! Lucha como un condenado.)

RAMON. Mi gusto seria romperle á usted el alma, no lo dude usted.

FERNAN. Don Ramon, ¿es eso lo prometido?

RAMON. Déjeme usted acabar... Pero como el hombre propone y la mujer dispone, Fernanda parece que tiene gusto en mortificarme privándome del placer de pegar á usted un balazo; por lo cual creo que ya estará usted satisfecho, y puede largarse de aquí con viento fresco, porque ya me voy irritando, y temo que dentro de poco doy al traste con todas las consideraciones y de un puñetazo le rompo un par de costillas.

ENRIQ. ¡Señor mio!...

FERNAN. No, no es eso... Enrique, el señor quiere decir que conoce que ha faltado á usted y le ruega que le dispense...

RAMON. Sí, eso... Pero ¡vive Dios! que si esa satisfaccion no le satisface...

FERNAN. Completamente. ¿No es verdad, Enrique?

ENRIQ. Bueno, sí, señora, aunque yo ya me habia hecho el ánimo, y confieso...

RAMON. Pues puede usted deshacerlo si no quiere que yo le deshaga las mandíbulas. (A Fernanda.) Me parece que no puedo estar más amable... Ahora creo que mereceré...

FERNAN. Mi mano de amiga.

RAMON. Su mano de... ¿Y para qué quiero yo su mano de usted, señora?

GERTR. Y nuestra gratitud.

RAMON. Dele usted un caldo á su gratitud.

FERNAN. ¡Don Ramon!... Volvemos á las andadas...

RAMON. Tiene usted razon, he prometido enmendarme.

GERTR. Y un comerciante debe ser esclavo de su palabra.

ENRIQ. Fernanda, los sucesos de hoy me han hecho conocer el estado de mi corazon.

FERNAN. Este caballero me ha dicho que usted me amaba... ¿Es verdad lo que ha dicho este caballero?

RAMON. Oiga usted, yo no miento nunca.

FERNAN. (Alargando la mano á Enrique.) El señor no miente nunca.

ENRIQ. (Besándola la mano.) ¡Bendita seas!

RAMON. ¿Con que en efecto ustedes no se habian esplicado... y he sido yo?... Abur.

GERTR. Venga usted, hombre.

RAMON. Me vuelvo á los Estados-Unidos.

GERTR. ¿Sin despedirse?

RAMON. Es verdad, en algo se ha de conocer que empiezo á ser amable. (Al público.)

Señores, perdí este albur,
Voime á América á marchar,
Quien algo me quiera dar
Que lo dé pronto, y abur.

CAE EL TELON.

Azon Vizconti, M.
Catalina, L.
Campanone, L. y M.
Dos coronas, M.
El arca de Noé, M.
El valle de Andorra, L.
El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.
El sargento Federico, L.
El juramento, L.
El paraiso en Madrid, L.
El secreto de una dama, L.
El agente de matrimonios, M.
El caudillo de Baza, L. y M.
El dominó azul, M.
El planeta Vénus, M.
Galanteos en Venecia, L.
Giralda ó el marido misterioso, L. y M.
La embajadora, L. y M.
La caceria real, M.
La Estrella de Madrid, M.
La tabernera de Lóndres, M.
Los piratas, L.
Los Madgyares, L.
Los circasianos, L. y M.
Mis dos mujeres, L.
Rival y duende, L. y M.
Un dia de reinado (mitad), L.
Un viaje al rededor de mi suegro, L.
Un trono y un desengaño (3.ª parte), M.

Cuando se ejecute alguna obra cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

OBRAS.

Comentarios del emperador Cárlos V. Rvn. 16.
Historia de la música española, 4 tomos, 100.
Ecos nacionales (poesías), 12.
Ecos del alma (Id.), 8.
Veladas poéticas (Id.), 6.
El beso de Júdas (novela), 6.
La niña expósita (Id.), 8.
Hist. de una venganza (Id.), 8.
Una vírg. y un dement. (Id.) 8
Los Maldonados (Id.), 8.
Catecismo de la Doctr. cristiana y Compendio de la Historia Sagrada, 4.
Etica elemental, 12.

VENTA EN MADRID:

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,
CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 9.

EN PROVINCIAS:

Albacete	Cánovas.
Alcoy	Payá é hijo.
Andújar	Brunet.
Algeciras	Joarizti.
Alicante	Lloret.
Almería	Alvarez.
Aranjuez	Santistéban.
Avila	Gomez.
Bailen	Moreno Sellés.
Badajoz	Coronado.
Baeza	Segura.
Barcelona	Mayol.
Bilbao	Astuy.
Búrgos	Hervias.
Cabra	Castilla.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y Compañía.
Ceuta	Bosqui.
Córdoba	Lozano.
Cuenca	Mariana.
Castellon	Perales.
Ciudad-Real	Acozta.
Coruña	Lago.
Cartagena	Muñoz.
Calatayud	Hidalgo y Ucelay.
Chiclana	Cañizares.
Écija	Isla.
Ferrol	Tajonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Uriarte.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo
Huesca	Guillen.
Jaen	Hidalgo.
Jerez	Alvarez Aranda.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Casals.
Lugo	Viuda de Pujol y H.º
Lorca	Gomez.
Logroño	Brieba.
Loja	Cano.
Málaga	Laá.
Manila	Olona y Comp.
Mataró	Clavel.
Martos	Armillas.
Murcia	Herds. de Andrion
Motril	Ballesteros.
Mahon	Vinent.
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez.
Oviedo	Lorente.
Osuna	Montero.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios y Barrena.
Pontevedra	Hernando.
Puerto de Santa María	A. Rafozo.
Puerto Rico (Mayagües)	Mestre y Tomás.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Sanlúcar	Oña.
San Fernando	Molinelo.
Santa Cruz de Tenerife	Savoié.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
Soria	Perez Rioja.
Segovia	Revilla.
San Sebastian	Garralda.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Salamanca	Huebra.
Segorbe	Mengort.
San Ildefonso	Alderete.
Tarragona	Font.
Toro	Tejedor.
Toledo	Fernandez.
Teruel	Baquedano.
Tudela	Izalzu.
Talavera	Castro (Sanchez).
Tarazona	Ventura.
Valencia	García.
Valladolid	Hijos de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Vitoria	Hidalgo.
Villanueva y Geltrú	Creus.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Viuda de Heredia.